

El Pueblo del Agua

Por Arrakis

La luna volvía a estar casi llena, y la partida de caza aún no había vuelto. La Niña miró al cielo, mientras se arropaba con la piel favorita de su padre, intentando calcular cuántas noches llevaban fuera y si alguna vez la espera había sido tan larga. «Cada luna, las manadas se alejan más, y sus ejemplares integrantes son cada vez más escasos y con menos carne en sus huesos», pensó. Por lo que contaban los mayores, antes de asentarse en aquel monte era común trasladarse junto con las estaciones, siguiendo a los animales, y aunque era habitual frecuentar los mismos lugares de manera cíclica, era raro permanecer más de un invierno en el mismo lugar. Sin embargo, antes de que ella naciera, los padres de sus padres encontraron aquel lugar mientras perseguían a una manada de ciervos, y encontraron un valle abundante en vegetación y vida y con refugios naturales donde guarecerse: un lugar al que llamar hogar.

Sentados, alrededor del acogedor fuego, se contaban historias, pero una de las favoritas de los más pequeños siempre era la llegada a La Montaña Sagrada. Las dificultades habían sido grandes, y los riesgos, casi inasumibles. Sus refugios habituales habían sido tomados por el belicoso pueblo del Caballo, fuertes y salvajes como el animal con el que se identificaban. El invierno se acercaba, y muchos temían que los más débiles del grupo no sobrevivirían. Era un momento de gran desesperación. Sin embargo, una noche, el Joven Discípulo durmió y soñó. Hay muchos tipos de sueños: de lo que ha ocurrido y de lo que puede ocurrir, de lo que se anhela y de lo que se teme. Pero los sueños también pueden ser entradas a otros lugares, al mundo donde los espíritus cobran su auténtica forma. Y el Joven Discípulo, aquella noche, conoció la verdadera forma de la Cierva. Aún en trance, se adentró en una de las cuevas e invocó su esencia, dibujando sus líneas y atando su espíritu al de su pueblo. *Vinculada a nuestro nuevo hogar, la Cierva nos observa desde la hierba alta, nada nos falta, morada y altar.*

Con el crepitar de las llamas y sus sinuosos movimientos, las imágenes inertes de las paredes parecían cobrar vida.

Aquellas historias forman parte de los primeros recuerdos de la Niña, junto con la cálida sensación del regazo de su madre, dormirse juntas. Pero su madre dejó el mundo de los vivos demasiado pronto. Su padre, del que se contaba que en otros tiempos había sido un hombre afectuoso, se volvió huraño y parco en palabras. Empezó a pasar cada vez más tiempo fuera del valle, en exploraciones voluntarias arriesgadas, como si buscara que el iracundo oso o cualquier otro peligro le permitiera volver con su mujer, aunque su deseo parecía evitarle, como él evitaba a su hija, que cada día se parecía más a su madre. La Niña se sentía muy sola. Además, pronto se dio cuenta de que no era como los otros jóvenes: sus huesos eran frágiles y las articulaciones le dolían si permanecía largo tiempo de pie. No tenía buena puntería. Su piel se agrietaba con facilidad con el frío y con el calor. No parecía que pudiera unirse al grupo de jóvenes cazadores, retrasaba a los recolectores en sus partidas, curtir piel era demasiado duro para sus delicadas manos. No quería ser una carga para su pueblo, ¿qué podía aportar ella? Lo único que se le daba bien era responder a los acertijos que el Viejo les planteaba a los más pequeños de vez en cuando, y, poco a poco se fue convirtiendo en su sombra. El Viejo solía ser un hombre malhumorado con los adultos, pero todos le respetaban por su sabiduría. Conocía el mundo de los espíritus y la esencia de las hierbas que curan el cuerpo, así que la Niña empezó a ayudarlo en lo que podía, con la esperanza de aprender de él y con él. Al Viejo, esa pequeña cervatilla que le seguía a todas partes parecía hacerle gracia al principio, pero pronto se dio cuenta de que la Niña era mucho más que la frágil criatura que aparentaba ser. Su cuerpo era débil, pero su mente era ágil, y, al fin y al cabo, él no estaría en este mundo para siempre y necesitaba transmitirle sus conocimientos a alguien.

—En el grupo —le explicaba el Viejo—, al igual que en la vida que nos rodeaba, todos tienen su función. Nada de lo que puebla la tierra, el agua o el aire existe sin razón, y tampoco nada existe ni puede sobrevivir en soledad. El equilibrio es delicado y el cambio, aunque constante, es cíclico y, por lo tanto,

puede ser predecible para el ojo observador. Existen ciclos cortos, como el día y la noche. Otros más largos, como las estaciones de frío, florecimiento, calor y recogimiento. Existe, por supuesto, el ciclo que siguen todas las criaturas: esencia, vida, y regreso.

—Entonces, ¿mi madre no se ha ido del todo? —preguntaba la Niña. —Claro que no —le respondía el Viejo. —Todo lo que existe, ha existido y existirá para siempre. Pertenece a ese lugar del que venimos, y es allí donde volvemos, un mundo donde las verdaderas formas de todos los seres habitan, fuera del tiempo que percibimos en esta vida, que es sólo un préstamo que tenemos. A veces, nuestros sueños pueden llevarnos allí y recordarnos quiénes somos en realidad.

Aquella noche, mientras se quedaba dormida, la Niña pudo sentir cómo su madre le acariciaba el pelo. Deseó con todas sus fuerzas poder volver a verla algún día.

Los ciclos anuales pasaron, y la riqueza del valle, otrora infinita, parecía reducirse cada vez más. La temporada de calor se prolongaba, el río cada vez era menos abundante, las plantas no daban frutos y finalmente morían, y los animales se alejaban más y más. Mientras la Niña estaba sumida en estos lúgubres pensamientos, llegaron los cazadores, exhaustos y con las manos vacías excepto por algunas piezas menores. Apenas serviría para alimentar a todos un par de días.

Esa misma noche, todos los adultos se juntaron para tomar una decisión. La situación empezaba a ser crítica. Los jóvenes no tenían permitido estar presentes en estas reuniones, y mucho menos opinar, pero la Niña se escondió en un pequeño saliente de la cueva, no quería perderse lo que se comentara, y escuchó con atención.

—En épocas de desesperación, hemos invocado el espíritu de nuestro animal protector, la Cierva. Conocemos su esencia y así lo hemos plasmado en las paredes de nuestro refugio, haciéndonos uno con ella. Lo hemos intentado,

pero esta vez la Cierva ya no puede ayudarnos. Las manadas se han marchado porque no queda agua, que se niega a caer del cielo, secando los ríos y por lo tanto a las plantas que sirven de alimento. Si el agua no vuelve, todos pereceremos. —La mayoría aguardaba mientras el Viejo desgranaba lentamente las palabras, como cuando se enseña a un grupo de niños poco atento a diferenciar las bayas comestibles de las que no lo son. La Niña podía ver, desde su escondite, cómo muchos de los cazadores empezaban a impacientarse.

—¡Eso estamos diciendo! Debemos abandonar este lugar. Ha sido un buen refugio, pero no es la Montaña Sagrada que nuestros padres nos prometieron. Quizá podamos regresar en el futuro, cuando vuelvan las lluvias, pero ahora debemos marcharnos, aunque sea complicado.

—Ah, pero es que mi propuesta no es complicada. Es, de hecho, muy sencilla: debemos invocar el agua. —Todos se quedaron mirando al Viejo en silencio, la mayoría sorprendidos, algunos visiblemente irritados. Era raro contradecirle en público, pero uno de los cazadores más jóvenes no pudo evitarlo. —Eso es imposible —dijo—, el agua no tiene forma.

—¿No tiene? —Preguntó el Viejo. —¿O no la conocemos todavía?

El resto de la noche la discusión continuó. Casi al amanecer, la mayoría estaba de acuerdo: lo más sensato era abandonar su hogar. Los peligros serían grandes y los más débiles del grupo sufrirían, probablemente muchos perecieran, pero quedarse parecía significar una condena segura para todos. Se acordó que en los próximos días comenzarían los preparativos para la marcha.

Al terminar, el Viejo se acercó a la Niña, que fingía dormir entre sus pieles.

—Has vuelto a estar espiando la asamblea a escondidas, ¿verdad? —la Niña no respondió. —No importa —añadió el viejo—, de todas formas siempre he sabido que lo haces—. Las mejillas de la Niña se sonrojaron bajo las mantas, pero continuó en silencio. —Sé que tienes el don. Encuentra la forma del Agua. Yo ya estoy muy mayor, y mis sueños son cada noche más confusos. Pero tú... Tú aún tienes el corazón puro. Puede que el Agua te hable esta noche, si es su voluntad ayudarnos y que nos quedemos. Puede que te muestre su verdadera

esencia. —Suspiró. —¿Sabes? Tu madre te quería mucho. Sabía, como yo, que eras especial.

La Niña cerró los ojos, agotada por haber permanecido la noche en vela. Las aguas que se encontraban bajo sus pies estaban en calma, y no tenían forma alguna. No era de noche, ni de día, no era invierno ni verano, y la Niña podía sentir cómo veía no con los ojos, pero sí con el corazón. Sabía que estaba fuera del ciclo que rige a los vivos.

—Madre, ayúdame, por favor. Ayúdanos.

La Niña casi podía oír el eco de su voz, su angustia. No conseguía ver a su madre, pero la sentía cerca.

—Necesito conocer la verdadera forma del Agua. —Más silencio. —Por favor. Empezaba a sentir cómo las lágrimas brotaban de sus ojos, de pura desesperación. Sabía que la respuesta estaba allí, casi podía sentirla con la punta de los dedos, al final de su lengua, sobre su piel. Estaba en ella y sobre ella y fuera de ella y, sin embargo, se le escapaba igual que el agua se escurre entre los dedos cuando intentas atraparla. Las lágrimas seguían fluyendo por sus mejillas.

De repente, volvió a notar la mano de su madre acariciando su cabello. —Mi niña: conocer la esencia de una criatura es entender su verdadero poder. Y quien tiene el conocimiento, también tiene autoridad sobre su alma. Es difícil adentrarse en los misterios del espíritu del caballo, del bisonte o de la cierva, entender sus secretos y volverse uno con sus cualidades. Pero lo que tú pides es mucho más: entender la fuerza del agua es entender los misterios de la propia Vida.

—Por favor, por favor —imploraba la niña, mientras sus lágrimas caían una a una sobre el lago que se extendía bajo ella—. Lo usaré con sabiduría. No invocaré su poder para destruir. Sólo quiero que estéis orgullosos de mí. Sólo quiero ser útil, por una vez.

—Mi niña: pero si yo siempre he estado orgullosa de ti.

La Niña sintió cómo el espíritu de su madre se desvanecía, y cómo se quedaba sola sobre aquella laguna inerte. Ya únicamente se escuchaba el rítmico sonido de sus lágrimas perturbando la tranquilidad de aquel mundo silencioso.

—Suena como la lluvia —pensó. Recordó aquellas tardes escuchando historias alrededor de la hoguera, con la cadencia del agua cayendo fuera del refugio, a

veces suave como una canción, a veces torrencial como una cascada. La emoción empezó a recorrer su cuerpo. Sentía que la respuesta estaba cerca. —Entender el agua es entender la Vida. —Sus lágrimas, mezcladas con el agua. La lluvia, hundiéndose en la tierra. Las plantas, brotando verdes y orgullosas hacia el cielo. Los ciervos, trotando entre la vegetación. Los salmones, remontando el río. Los osos, esperando con sus afiladas zarpas. El río, fluyendo y dando forma al valle y a la propia montaña. —No tiene forma, se adapta. No tiene forma: la crea. El agua no es uno: el agua son millones. El agua somos nosotros. Yo soy agua, y el agua soy yo, de ahí vengo y ahí volveré, está dentro de mí y yo estoy dentro de ella. De repente, se encontraba efectivamente dentro de la laguna, y, a pesar de ello, sentía que podía respirar. Una voz reverberaba a su alrededor:

Cae el agua.

Gota a gota,

la esencia ignota

permanece escondida,

apariencia desconocida

aunque puedas verla

a simple vista.

¿Quieres una pista?

Lluvia de invierno.

Gota a gota,

ahora sientes cómo flotas

en el vientre materno.

El roble brota

y crece hacia el cielo.

Vuelve la bellota

a enterrarse en el suelo.

Discurre el riachuelo

y la Cierva trota,

observa la gaviota

desde su vuelo.

*¿Cuál es tu anhelo?
Conocer mi forma;
mi fuerza transforma
la propia montaña.
Bebe la musaraña
desde la orilla.*

*Un cabello no hace trenza
ni una lágrima es llanto,
un sonido no es canto,
pero así se comienza.*

*La fuerza del cazador
no reside en su lanza;
el clan entero danza
en torno al del dientes de sable,
enemigo implacable
para el solitario;
el grupo es necesario.*

*Gota a gota
el arroyo se crea,
así como la aldea.*

*Apariencia tranquila;
me observan los guerreros
y sus armas afilan.
Cuerpos protegidos
con brillante material,
yo traigo la tormenta
y ellos, la batalla sangrienta
con amarga derrota.
Gota a gota*

*la esencia es compartida:
soy la misma vida
que se escapa desde la herida.*

*Semejante naturaleza
creadora y destructiva
origen de belleza
o devastación agresiva.*

*Nuestros destinos
recorren los mismos caminos:
mira cómo el puente
te permite cruzar el río
y de aquella escondida fuente
mana medicina caliente
que cura el cuerpo y la mente
de aquellos que se sumergen.
La fuerza de mi corriente
mueve vuestros ingenios,
pero faltan milenios
para que tu pueblo lo invente.*

*Gota a gota
lo divino y lo humano
caminan de la mano
hacia el futuro lejano.*

*¿Ya tienes la respuesta?
Ahora tiene sentido.
Evita que el olvido
borre lo aprendido.*

Al despertar, sobresaltada, la Niña exclamó: —Conozco la verdadera naturaleza del Agua.

Silenciosa como un riachuelo tímido, despertó suavemente al Viejo, y le hizo una señal. Él no necesitó más. Juntos, se adentraron en la caverna, como tantas veces habían hecho, con los útiles de pintura. Todavía casi en estado de trance, apenas despierta, temiendo perder las revelaciones que acaba de vivir, la niña mojó sus dedos en el pigmento rojo que el Viejo le ofrecía, y pintó el agua. Gotas que caían del cielo. Gotas que, juntas, contenían la fuerza necesaria para transformar incluso el propio mundo y dar forma a la dura piedra. Gotas como las que derramamos en señal de dolor por aquellos que se van, y de alegría cuando nace un nuevo miembro, que brotan directamente de nuestra alma. La niña pintó la lluvia, y el río, y otros ríos que se juntaban a él, y un pequeño lago donde el espíritu de la Cierva podría también saciar su sed. Antes de terminar sopló pintura sobre la pared, sellando con la forma de las manos de ambos, Viejo y Niña, la aceptación de este nuevo pacto entre su pueblo y el Agua, y del conocimiento de su verdadera naturaleza.

El silencio dentro de la cueva era casi total. Apenas llegaban amortiguados los sonidos de afuera, donde los otros miembros del grupo realizaban los preparativos. Sin decir nada, el Viejo y la Niña salieron al cielo abierto, se sentaron en la yerma tierra y esperaron, cogidos de las manos, pero con un solo corazón. Las palabras no eran necesarias. Con el afán y la tristeza por abandonar su hogar ocupando sus ojos, la mayoría de sus compañeros no se fijaron en ellos ni en las oscuras nubes de tormenta que se acercaban.

La primera gota del cielo cayó sobre la mejilla de la Niña.